

como una trágica. Comprendióse que Del Puente había sido un buen cantante, al que aun quedaba mucho de su pasado esplendor.

El 18, y para sexta de abono se cantó al fin el *Otello* de Verdi, para presentación de María Emma Albani Gye; nacida en 1851 en Chambly, cerca de Montreal, de padres originarios del Canadá francés, se trasladó en 1864 á la ciudad de Albany cuyo nombre por cariño y gratitud adoptó como apellido, sustituyéndole al de Lajeunesse que le era propio. Habiéndose hecho notar su admirable voz en la Catedral Católica, la Albani fué enviada á París, donde estudió seis meses bajo la dirección de Duprez y mucho tiempo bajo la de Lamperti en Milán. En 1870 se presentó al público por primera vez en Messina, en la *Sonámbula*, y cantó después en Florencia: en 1872 fué oída en Covent Garden, de Londres, conquistándose las simpatías que por todos lados la siguieron. Cantó más tarde en París y en San Petersburgo y en 1873 y 1874, otra vez en la Catedral de Albany. En 1878 casó con Mr. Ernesto Gye. Su hermosa y flexible voz de soprano, su vocalización admirable y su bella figura le dieron inmensa popularidad. En su muy extenso repertorio se distinguió siempre en la *Amma* de *Sonámbula* y la *Elsabetta* de *Tannhauser*, siendo inimitable como cantora de capilla.

En la función del 18, el Gran Teatro Nacional estuvo muy animado y aun las localidades que en otras funciones de abono no habían sido tomadas, se vieron bien concurridas. Desempeñó la Albani el papel de *Desdémona*, vistiéndole regiamente: en el gran dúo del primer acto, en el final del segundo, en la canción del sauce y sobre todo en el *Ave María*, la Albani obtuvo completo éxito: la hermosa artista suspiró del modo más tierno la dulcísima plegaria, canto suave y conmovedor en que parece exhalar el alma de la que ora.

Tamagno estuvo inimitable en esa obra en que descuella no un motivo, sino un rugido, una tempestad, la tempestad de los celos, de la ira, de la desesperación, gigantesca lucha de pasiones; en la escena final el distinguido artista conmovió al público, lanzándose, ya herido de muerte, al lecho de *Desdémona* y exclamando con infinita ternura, *un bacio ancora*. Al terminar la ópera, la ovación fué colosal: ruidosos, entusiastas eran los aplausos, y seis ó siete veces se vieron llamados á la escena Tamagno y la Albani. El *Otello* fué nuevamente cantado en la tarde del Domingo 19, con el mismo aplauso y con un lleno completísimo.

En la noche del mismo día tuvimos la *Sonámbula* por Adélina Patti; en su elogio bastará copiar la opinión del más famoso crítico parisien- se que al referirse al *debut* de la egregia artista en el Teatro Italiano de aquella capital, dijo: "se diría que el papel de *Amma* ha sido escrito para ella, tal es el encanto con que le interpreta." El público

de México tuvo la misma opinión. Agradecida á ello y á las numerosas muestras de aprecio y cariño que se le prodigaban, al anunciarse para después de *Hugonotes*, cantados el 21, la novena función de abono con *El Barbero de Sevilla*, hizo circular el siguiente impreso: "*Al público*: Cautivada por los encantos de este hermoso país, no quiero abandonarlo sin dar á su culta sociedad un testimonio de mi afecto sincero. ¿Qué puede ofrecer una artista, que no sea su propio trabajo? ¿A quién podría consagrarlo mejor que á los desheredados, á los menesterosos, á esos niños huérfanos que no tienen más hogar que el asilo en que se hospedan, ni más padre que el Estado que los ampara? A esos tiernos niños que se educan en el Hospicio de Pobres, en la Escuela Industrial de Huérfanos, y en la Casa Amiga de la Obrera, cedo gustosa la parte que como artista me corresponde en esta noche, según mi contrato con la Empresa. Corta será la dádiva, pero grande la voluntad y el afecto con que la ofrece, en testimonio de amor á México, quien agradece y nunca olvida la benevolencia de este ilustrado público.—*Adelma Patti*."

Esta acción generosa no usada jamás antes de ella por ningún otro artista de cuantos han trabajado en nuestros teatros, fué estimada cual debía por el público, que alfombró de flores el escenario en la noche del 22, siempre que la Patti se presentaba. Excusado parece decir cuán deliciosamente cantó la eminente artista la *Rossina*: en la primera aria del primer acto, en el dúo con el bajo, en el dúo con el tenor, la *Diva* alcanzó las más ruidosas ovaciones. Tuvo el buen tino de elegir para la lección de música, el walse de la *Sombra de Dmorah*, en el que era inimitable, y en el que no sólo lució sus trinos y gorjeos incomparables, sino también la gracia especial que se requiere para interpretar aquel trozo sorprendente de la obra de Meyerbeer. Al entusiasmo del público correspondió la Patti cantando el walse de *El Beso* en el que fué aún más aplaudida. Marescalchi hizo un *Figaro*, demasiado bufo; Ravelli fué poco aplaudido: Carbone en el *Don Bartolo* y Marcassa en el *Don Basilio* agradaron bastante, especialmente el último: la Bauermeister, excelente comprimaria, estuvo muy bien en *Berta*. La orquesta y los coros magníficos como siempre. El domingo 26 Adélina Patti personalmente puso en manos de la Sra. D^a Carmen Romero Rubio de Díaz un *check* por *cuatro mil seiscientos pesos*, que fué lo que correspondió á la *Diva* en la susodicha función, y constituía su donativo para los Establecimientos de beneficencia.

En la noche del 23, décima de abono, se cantó *La Africana*, con interminable serie de triunfos para Tamagno que interpretó de un modo sorprendente el *Vasco de Gama*. Fué también muy aplaudida la Nordica en *Selika*, y con mucho merecimiento, pues en el dúo del segundo acto, en el del final del cuarto, y en la escena del *Manzani-*

llo, se reveló gran artista, y lo mismo en la parte de canto que en la dramática tuvo rasgos magníficos. El barítono Zardo en *Nelusko* estuvo á su vez muy bien, luciendo su extensa y fresca voz en la canción de *Adamastor*. El bajo Novara no causó gran entusiasmo en el papel de *Don Pedro*. La Pettigiani sí gustó mucho por su agilidad de garganta y hermosas vocalizaciones. Los coros cantaron muy bien, y el cuerpo de baile lució grandemente.

Linda de Chamounix cantada el 25 importó una gran ovación para la Patti: su dúo con la Fabri lo cantó admirablemente, y al final, en la escena de la maldición y después en el delirio, no sólo demostró ser un *ruiseñor*, sino también una trágica que conmovió al público con aquel dolor tan hábilmente expresado y tan poéticamente cantado. Ella misma se conmovió hondamente, y en las diferentes veces que fué llamada á la escena no pudo disimular su emoción. Al terminar la obra, y según lo ofrecía el programa, cantó la Patti el *Home, Sweet Home*, una como plegaria, algo como un cántico á las santas delicias del hogar. ¡ Con cuánta delicadeza, con qué precioso colorido adornó ese trozo, en el que la música parece imitar la voz llena de dulces caricias de la madre y de la esposa, los dos ángeles del tranquilo hogar! El entusiasmo del público se desbordó una vez más, al oír esa canción que constituía una especialidad de la Patti, porque nadie ha sabido jamás cantarla como ella la cantaba. En el papel de *Pierotto*, la Fabri mereció y obtuvo muchos aplausos: Marescalchi y Marcassa, en los papeles del *Padre* y del *Profesor* estuvieron muy bien á su turno.

El Domingo 26 en la tarde, fué cantado *El Trovador*, y en la noche el *Fausto* de Gounod, por Ravelli y la Albani. Esta notable artista, sufrió, como ninguno de sus compañeros, las consecuencias del cambio de clima, al extremo de que los médicos llegaron á prohibirle que cantase y aun que hablase, mientras no se repusiera: sin estar ni mucho menos aliviada, cantó la Albani la *Margarita*, y naturalmente no estuvo bien en el difícil papel: sólo arrancó aplausos en el aria de las joyas, en que por supremo esfuerzo pudo hacer gala de su arte y buen gusto y de su habilidad para desvanecer las notas: su indisposición fué tan marcada que hasta llegó á desafinar. El bajo Novara interpretó y cantó muy bien el *Mefistófeles*: el barítono Zardo estuvo nada más que regular en *Valentin*. La Synnerberg cumplió perfectamente con el papel de *Siebel*. Esta cantante era sueca de origen, discípula del milanés Lamperti, y muy notable por su hermosa voz de mezzo soprano y su bien cultivado talento: en Italia, Inglaterra, Portugal, Austria y la América del Sur hizo con brillantez sus primeras campañas artísticas, y en 1885 adquirió renombre europeo con su creación de la parte de *Vasya* en la ópera rusa *La Vida por el Czar*, que cantó en el teatro Imperial de Moscow. La crítica celebraba en

ella la vocalización irreprochable, la hermosura de la entonación, lo correcto de la frase musical y de la declamación, la voz llena en todos los registros, su innegable talento dramático y su belleza personal.

El 28, para décimatercera de abono, se repitió *La Africana*, con nuevos aplausos para Tamagno, la Nordica y la Pettigiani. El 29 se verificó el beneficio de Adelina Patti con *Traviata*. Desde las siete de la noche, el pórtico, el vestíbulo y la galería estuvieron llenos de gente, los unos para tomar el mejor asiento, los otros para ver llegar á la artista, entreteniéndose mientras con las piezas tocadas por una banda militar, instalada allí desde las seis y media de la tarde. Aunque el tipo de los billetes en poder de los revendedores había bajado extraordinariamente desde hacía muchas noches hasta cuotizarse á menor valor del que habrían tenido en el despacho, en la del beneficio de la Diva se vendieron con buena estimación, merced á la demanda, y el teatro se vió espléndidamente concurrido. Al aparecer la Patti en escena fué saludada con nutridos aplausos y obsequiada no con flores comunes y corrientes sino con magníficos ramos de gardenias y camelias. En el aria final del acto, que cantó como sólo ella podía cantar, fué de nuevo calurosamente aplaudida y se le presentaron innumerables obsequios, ó muy artísticos ó muy valiosos por su riqueza.

“Ninguna artista, decía *El Monitor*, ha alcanzado mayores ovaciones que Adelina Patti en la popular obra de Verdi: jamás habíamos visto una *Dama de las Camelias* como la suya, pues no sólo la canta á maravilla sino que la representa como consumada artista; el tipo no puede estar mejor expresado que por la *Diva*, tan elegante, tan regiamente ataviada, tan graciosa y tan conmovedora.” No la ayudó por cierto el tenor Viccini á quien el público obsequió con algunos *ceceos*: Marescalchi, los coros y la orquesta estuvieron bien. Adelina Patti lució en esa obra preciosísimos trajes y riquísimas alhajas de un inmenso valor.

La décimaquinta función de abono se dió en la noche del jueves 30 de Enero, con una magnífica repetición de *Aida*, y visto el buen éxito de la temporada la Empresa anunció cuatro funciones más al precio de *sesenta pesos* palco, y *ocho pesos* luneta por noche. El viernes 31 fué cantado el *Otello* á beneficio de Tamagno y para despedida de la Albani. El sábado primero de Febrero se repitió *Semiramis*, y la Patti cantó *Il Bacio*. El domingo 2, en la tarde, á beneficio de la Nordica fué cantada la *Carmen* de Bizet: la Nordica en la protagonista cantó magníficamente y fué llamada diversas veces á la escena entre atronadores aplausos: vistió bien y con lujo el tipo ideado por Merimée, faltándole por de contado todo el aire y el garbo españoles: la Pettigiani alcanzó muchos aplausos en la *Micaela*; Del Puente caracterizó bien el *Escamullo* y cantó muy bien el brindis del

toreador, viéndose obligado á repetirlo: Viccini en el papel de *José* no pasó de muy mediano: los trajes fueron impropios, y fatalísima la *mise en scène*. En la noche del mismo domingo tuvo lugar la última función de la temporada y la despedida de Tamagno con *Guillermo Tell*: no es necesario decir que el gran artista estuvo espléndidamente magnífico y que el público le dispensó ovación entusiasta y delirante aplauso: la Pettigiani fué muy celebrada en el aria del segundo acto que terminó con un bellissimo trino, y, á instancias del público, repitió entre atronadores *bravos*.

En la mañana del lunes 3 de Febrero la compañía abandonó nuestra ciudad. Desde temprano la Estación de Buenavista se encontraba ocupada por inmensa multitud, entre la que figuraban muchas principales familias de la mejor sociedad. Dos músicas de viento tocaban sin cesar, alternándose, y cada artista principal fué obsequiada con hermosos ramilletes de violetas y gardenias.

A las once en punto llegó Adelina Patti acompañada por Nicolini y varias señoritas distinguidísimas, y pasó á su soberbio wagón al que fueron á saludarla multitud de personas: allí le fué presentada una preciosa canastilla de mimbre llena de raras flores, último obsequio de la Sra. Romero Rubio de Díaz. Ya la hora de la partida había sonado y Tamagno no se presentaba; por fin llegó reposadamente y á las doce y veinte minutos oyóse la campana de señal y el tren se puso en movimiento. Iban delante dos máquinas, en seguida el wagón de la Patti, y después cuatro carros Pullman, con los principales artistas.

La Patti, á la ventanilla de su gabinete, agitaba su pañuelo, limpiándose de vez en cuando alguna lágrima: los demás artistas saludaban á su vez, distinguiéndose en lo expresivas la Albani, la Nordica y la Fabri. Poco después el tren se perdió en la distancia. Pasados diez minutos partió el segundo con toda la gente menuda, coristas y bailarinas, que asomadas á las ventanillas ó agrupadas en las plataformas, á su vez saludaban á la multitud.

México guardará siempre en la historia de sus espectáculos gratísimo recuerdo de esa corta y brillante temporada lírica, en la que conoció y aplaudió con frenesí al gran tenor Francesco Tamagno, el digno émulo del inmensamente grande artista Julián Gayarre que en ese tiempo, en ese año, á las cuatro y media de la madrugada del día 2 de Enero había fallecido en Madrid, causando un duelo universal en el mundo del arte.

CAPITULO XII

1890.

Al retirarse la Patti en los primeros días de Febrero de 1890, poco, bien poco, nos quedó para distraer las aflicciones en todo México producidas por la epidemia catarral denominada la *influenza*, rápida y terriblemente extendida con ayuda de los vientos glaciales y del frío que en ese invierno se dejaron sentir: el tal catarro se desenlazaba rápidamente en pulmonía y causó aquí numerosas víctimas. Por ello, y por la competencia de la ópera, el Teatro Arbeu, ya sin eso casi vacío, vió inútiles cuantos esfuerzos hizo Paulino Delgado para llamar gente con su compañía dramática; y por más que representó muy discretamente *Veinte céntimos*, de Pina y Domínguez, *La Rosa Amarilla*, *El Nudo Gordiano*, *Lo sublime en lo vulgar*, *El Gran Galeoto*, la pequeña zarzuela *Niña Pancha*, el divertido sainete en dos actos *Los Hugonotes*, y otros dramas y comedias, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, para el día 8 de Enero anunció su última función, á su beneficio, con el drama *En el puño de la espada* y la zarzuela *Los Carboneros*, y al día siguiente emigró para Mérida de Yucatán, en busca de mejores vientos.

No iban á ser más propicios los que intentarían capear otros artistas también dramáticos; pero... antes descubrámonos ante el sepulcro recién abierto á un buen amigo y á uno de los más inteligentes empresarios de Teatros de México. Nada importa que la envidia y la ingratitude hayan procurado hacer más espeso el olvido que sigue á la desaparición de aquellos que, habiendo dado mucho, no pueden ya ser explotados. Nuestro libro que se basa en la imparcialidad y en la justicia no puede dejar de hacer una grata memoria del estimable y entendido empresario español D. José Joaquín Moreno, fallecido en Puebla el miércoles 15 de Enero de 1890. Desde su primera venida á México como agente de la notabilísima compañía de zarzuela de Albiu, hasta el día de su fallecimiento, transcurrieron veintidós años que pasó, casi completos, en nuestra Capital, promoviendo el brillo de sus espectáculos públicos con una inteligencia y una actividad por ningún otro superadas. Diez veces hizo otras tantas fortunas, y otras tantas perdió, ya por su largueza y despego, ya por contraria suerte, ya por locas competencias, ya por malos manejos de sus